

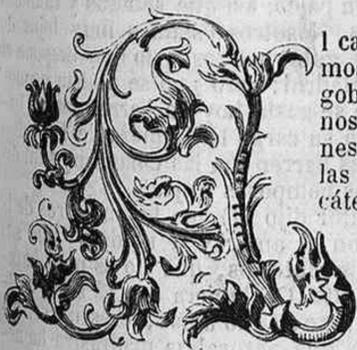


EL MUSEO UNIVERSAL.



NUM. 43. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID : por numeros sueltos á 2 rs. ; tres meses 22 rs. ; seis meses 42 rs. ; un año 80 rs. MADRID 25 DE OCTUBRE DE 1868. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs. ; seis meses 50 rs. ; un año 96 rs.—CUBA , PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA , 10 á 15 pesos. AÑO XII.

REVISTA DE LA SEMANA.



l cabo parece que somos libres. Dios y el gobierno quieran que nos dure. Las reuniones, las asociaciones, las conferencias, las cátedras, los libros, los periódicos de todas clases, cuanto constituye en fin la bulliciosa efervescencia de la vida en pueblos don-

de no la sofoca el peso de una legislación suspicaz y meticulosa, otro tanto tenemos, y sin los gravísimos y terribles inconvenientes que nos presagiaban los profetas misántropos del oscurantismo.

La segunda reunion del partido democrático, que ni por la importancia de los más de los oradores que en ella usaron la palabra, ni por lo equívoco de una resolución adoptada por unos cuantos á favor de la ausencia y el silencio de la mayoría, tiene la significación que se ha querido suponer, concluyó con la solemne aclamación oficial de la forma republicana, que lo mismo puede entenderse proclamada para este año que para dentro de media docena de siglos. El partido democrático-republicano, esto es, aquel que desea el inmediato planteamiento de su sistema de organización política, es poco numeroso, aun entre las clases populares, y apenas cuenta en su seno alguna que otra individualidad distinguida, capaz de conducirlo á una victoria muy problemática. Y si algunos de sus miembros, despreciando acudir á la opinion, arman partidas y se disponen á llevar al terreno de la fuerza sus deseos, la enérgica censura, no del todo imparcial, aunque ciertamente merecida, que el señor Rivero les ha infligido valerosamente,

será repetida sin duda por cuantos amen la libertad y teman verla en peligro. Sólo las probabilidades de éxito que á una candidatura impopular é impolítica (v. gr., la del duque de Montpensier) se atribuyan en los círculos ministeriales, podrian exasperar los ánimos y llevar á este pueblo irritable é impaciente á un sueño republicano con un despertar de dictadura. Por fortuna, esta eventualidad es hoy remota, y la mayoría de los que abogan por el triunfo de la monarquía (que casi puede darse por seguro) vuelven los ojos hácia Portugal, cuyo antiguo regente don Fernando, diga lo que quiera *La Correspondencia*, parece ser el menos extranjero de cuantos nombres circulan en estos dias para la jefatura del Estado.

La asociacion libre-cambista de reforma arancelaria, reducida muy á su pesar al silencio mas completo en estos últimos tiempos, ha reanudado sus tareas tambien con un *meeting*, en el cual fueron calorosamente aplaudidas las reformas financieras acometidas por el ministro y el subsecretario de Hacienda, miembros ambos de los mas eminentes que tiene aquella infatigable corporacion. Entre los oradores que tomaron parte en el debate, bien merece una mencion especial el señor Moret y Prendergast, cuya elocuencia en todo este período de silencio, ha ganado en madurez y varonil energia sin perder nada de su brillantez y animacion.

Otro tanto podemos decir de la sociedad abolicionista, cuya reunion, habida el jueves último, contribuirá á apresurar la estincion inevitable de la esclavitud, que para mengua de nuestro nombre, mantenemos todavía, como un contraste chocante con la civilizacion y con este espíritu profundamente religioso que con tanta generosidad atribuye á nuestro pueblo la artística circular del ministro de Estado. Tambien tomaron parte en esta reunion el señor Moret, que con el señor Echegaray fueron los mas notables oradores del dia, el señor Olózaga que presidia el acto, y los señores Labra, Azcárate y otros.

Los estudiantes, hoy como nunca celosos de la prosperidad de los estudios, y que se reunen casi diariamente para discutir sobre este asunto tan capital como desatendido por la generalidad, sólo de la política preocupada, preparan asimismo una reunion pública acerca de la libertad de enseñanza; el nuevo *Club de la Revolucion*, que ha proclamado y aspira á la alianza de todos los elementos radicalmente liberales que

hoy vagan dispersos en la política, ya anónimos, ya bajo diversos nombres, se dispone, segun aseguran, para celebrar otra destinada á mantener viva en la opinion la conviccion y el sentimiento de la imperiosa necesidad con que es unánimemente exigida la declaracion de la libertad religiosa; el *Ateneo* inaugurará sus cátedras y sus sesiones dentro de poco; las conferencias populares que por varias partes se anuncian comenzarán, lo mas tarde, el 1.º de noviembre, en cuyo dia la Universidad reanudaré tambien sus tareas... en fin, todo es actividad, todo movimiento, todo vida.

De las disposiciones del gobierno provisional, poco diremos, conocidas como son hoy, hasta sus últimos detalles, por todos nuestros lectores, y ajeno su detenido examen á la índole de la presente *Revista*. Continúan á la órden del dia las medidas contra las comunidades y sociedades religiosas: últimamente han sido disueltas las *Conferencias* de San Vicente de Paul, de cuya institucion no somos grandes amigos; pero que á lo menos tenian derecho á que se respetasen siquiera sus fondos y sus papeles, de que ha dispuesto el señor Romero Ortiz se incauten las autoridades del Estado, como asimismo de los de los jesuitas y demás corporaciones. Si el ministro de Gracia y Justicia despliega igual ardor en iniciar la reforma de nuestra legislacion criminal y civil y de la deplorable organizacion de nuestros tribunales, merecerá mas de la patria y de la libertad, que su incansable celo confunde con el privilegio de los partidos que gozan de sus simpatias.

Hablábase tambien de la supresion de los seminarios, con lo cual hubieran pagado todos los españoles la enseñanza del clero católico en las universidades de un pais donde la libertad de cultos parece ser ya un hecho consumado. Por fortuna, el decreto del señor Ruiz Zorrilla sobre la instruccion superior, disposicion que no vacilamos en calificar como la mas elevada y conforme á las aspiraciones de la revolucion presente, entre todas las que ha dictado el gobierno, ha puesto fin á esos temores. El señor Ruiz Zorrilla y el señor Madrazo muestran en este decreto el verdadero sentimiento de la libertad: reciban por ello nuestros plácemes. La consagracion de la libertad de enseñanza en todos sus grados y esferas, sin necesidad de título ni autorizacion administrativa; la supresion del *minimum* de cursos académicos para obtener los grados; la fa-

cultad reconocida á las provincias y municipios para sostener establecimientos de enseñanza, la absoluta necesidad de la oposicion para todas las cátedras; la institucion de los *privat-docentes*; la derogacion de toda obligacion respecto de textos, programas, y traje escolástico, así como de la asistencia de los alumnos; la mayor independencia de la Universidad, la *supresion de la facultad de Teología* y la del juramento en la investidura de Doctor, única que se conserva, extendiendo este grado á todas las universidades, son reformas esenciales, que nos igualan con los mas cultos pueblos europeos, y aun nos ponen delante de algunos. Esperamos del celo de los dignos jefes de la Instruccion pública que seguirán este camino: crean en toda verdad que el porvenir de la patria está hoy en sus manos.

Mucho preocupan á las gentes los carlistas. Protegidos por las influencias de gran parte del clero y quizá por las de alguna de las grandes potencias (temerosa de las aspiraciones liberales, que tanto pueden labrar en naciones vecinas), parecen decididos á encender la guerra civil, figurándose que, á favor de la division de los partidos, pueden cimentar su triunfo sobre la ruina, la desolacion y la sangre. Pero nuestro pueblo, que, á pesar de la incultura é ignorancia en que le han sumido tres siglos de supersticion y tiranía, es uno de los mas nobles y sensatos de la tierra (y harto lo está probando), sabrá desoir maquinaciones indignas y miserables. Por ventura, los carlistas ¿no tienen, como todos los partidos, abierto el camino de la opinion? ¿No pueden escribir periódicos, hojas sueltas, folletos y hasta libros, tener reuniones públicas, asociarse y hablar é influir en pro de sus convicciones y hasta de sus intereses? ¿O es que, comprendiendo que nada son ni pueden á la luz del sol y al aire libre, buscan las tinieblas y sólo quieren deber su triunfo al luto y á la desolacion del pais? ¡A qué punto han venido á parar los seráficos partidarios del derecho divino de los reyes!

De teatros no quisiéramos, á la verdad, ocuparnos, pues da grima ver cómo languidece nuestra literatura dramática, distraidos de ella por la mano ardiente de la política, todos los escritores que animarla pudieran con su ingenio.—Así que sólo *Pascual Bailon*, juguete estrenado en los Bufos, y que está escrito con algun chiste; el *Otelo*, arreglado por el infatigable Retes, y que á Variedades lleva numerosa concurrencia, y *El collar de Lescot*, que mantiene á Jovellanos desde su estreno, verificado el penúltimo sábado, merecen indicarse, ya que no para un juicio crítico-teatral, al menos como noticias.—Sin embargo, hemos de señalar una honrosa escepcion en el teatro de la Opera, cuya empresa, si bien pretende hacer mas aristocrático é inaccesible este coliseo, subiendo hasta las nubes el precio de las localidades, trata, en descargo siquiera de su delito económico, de ofrecernos variedad en sus espectáculos, y así, despues de *Matilde di Shabran*, que atrajo poca gente, sin duda por lo caro de las localidades, ha reaparecido *La Africana*, que arrastrando al público filarmónico, dió un lleno completo, si se exceptuan los palcos, en la noche del último martes.

Ya que de artes tratamos, y como terrible contraste al divino de la música, participaremos á nuestros lectores, que Mr. Jules Lambla, polaco de nacion, ha inventado una poderosa máquina de guerra, llamada á concluir con el género humano, si éste, á medida que los medios para la guerra aumentan, no entrase, como entra necesariamente, en las seguras vias de la paz.

Haremos aquí por hoy punto, sin añadir otra noticia que la de la llegada de los señores Olózaga y Rios Rosas de regreso á su patria, despues del destierro y la persecucion de poderes que ojalá no veamos jamás ni aun de lejos imitados. De la nacion depende.

F. GINER.

BOSQUEJO HISTORICO-CRITICO

SOBRE LA DIVERSIDAD DE LOS TRAGES.

Todos los ramos de la humana sabiduría se reducen en último término á la historia: la química, la física, la botánica, la legislación, etc., etc., despiertan mucho interés, en mayor ó menor escala, según los progresos y adelantos de los siglos. Sus doctrinas sustancialmente varían, y andando el tiempo, ceden el lugar á otras mas sólidas, ó que se acercan mas á la verdad. Pero la historia de su origen, sus progresos y su estado actual, mas ó menos perfecto, tiene un interés constante y permanente en todas las épocas y en todos los pueblos. Es cierto, sin embargo, que las cosas de un uso muy ordinario y comun, las de que oímos hablar habitualmente, ó que tenemos siempre á la vista, excitan poco nuestra curiosidad. Con efecto, no paramos mientes en su grandeza ni en su importancia, ni nos cuidamos de indagar su origen primitivo ni sus vicisitudes.

Los que recorren los paises mas septentrionales de Europa y la Escandinavia, se trasladan casi siempre á la nevosa Islanda, llevado del gran deseo de ver

muy de cerca el Ecla, volcan gigantesco y famoso de nuestro hemisferio. Un parisiense, habiendo encontrado en Marsella á un islandés, le dijo: «Dentro de pocos dias, emprenderé un largo viaje de exploracion, y despues de haber visitado la Dinamarca, pasaré á la Islandia con el sólo objeto de ver ese inmenso volcan, el Ecla.» El islandés le contestó friamente: «Sí, es una gran montaña, y de vez en cuando arroja lava; pero estoy cansado de ver sus humaredas, y no sé ni una sola palabra de toda su historia.» Acontece lo mismo en Nápoles con el Vesubio, y en Sicilia con el Etna: sus habitantes no reparan en sus grandes esplosiones, ni en los fenómenos que las preceden ó acompañan. Así es que los relatos históricos mas completos y científicos de esos volcanes tan famosos, los tenemos mas bien de los naturalistas extranjeros que de los nacionales.

Hoy todos los europeos tienen sus nombres y apellidos respectivos; pero su uso es tan comun, que á escepcion de un corto número de eruditos, como Mabilion en su obra inortal *de re diplomatica*, lib. II, capítulo VII; Fumagalli en sus *Instituciones diplomáticas*, cap. VII, núm. XIII, y Villabianca en la *Sicilia Noble*, no llegan tal vez á cincuenta los demás escritores de nota que se han ocupado del origen de los apellidos modernos, á pesar de que se derivan muchos de ellos de algun hecho histórico importante, y digno de pasar á la mas remota posteridad (1).

Ha sucedido lo propio con respecto á los trages y atavíos, sometidos casi siempre al capricho de la moda. Los primeros habitantes de las regiones septentrionales de nuestro globo, se guarecieron contra las intemperies atmosféricas, abrigándose con pieles de animales velludos. En los climas muy cálidos, pueblos enteros, todavía en estado salvaje, recorren desnudos y sin ninguna especie de abrigo sus estensos parajes y sus bosques, como en la antigua isla de Cuba, según nos han dejado escrito Oviedo y otros muchos, ó se adornan con plumas de aves, que deslumbran por la mucha variedad y hermosura de sus colores, como lo practican algunos pueblos semi-bárbaros del nuevo hemisferio, siguiendo la costumbre de los antiguos peruanos y habitantes de Méjico, como lo afirma el inca Garcilaso en su *Historia del Perú*, y Prescott en las dos que escribió de Méjico y Perú.

Pero si es cierto que las obras, parto de la humana inteligencia, son una viva pintura del carácter de los ilustres escritores, es mas cierto aun, pasando del mundo moral al físico, que la diversidad de los trages da, en mayor ó menor escala, una idea, no solo del estado de la civilizacion de los pueblos, sino tambien de su nobleza y elevacion de pensamientos. Con efecto, se dió á los romanos el título pomposo de *Gentem Togatam*, porque este traje daba magnificencia y realce á los dueños del orbe antiguo; y cuando se otorgó á los galos y germanos el derecho de ciudadanía y el de vestir toga, ésta perdió su grandeza y prestigio, porque no era ya el distintivo de la gran nacion, llamada *Reina del mundo*. Desplomado el coloso romano, los bárbaros septentrionales introdujeron en toda Europa, y principalmente en Italia, los trages cortos, que dejan ver las formas. En un principio, los Concilios y los papas lanzaron escomuniones latas contra los que abandonando las ropas tales, imitaban á los bárbaros, como lo atestiguan muchos cánones, que todavía tenemos, los cuales dicen terminantemente que el pudor, la decencia y la nobleza del hombre, exigen severidad y grandeza exteriores.

En el siglo XV, formadas ya las naciones modernas, los pueblos adquirieron paulatinamente cierto aire de galantería y finura, que dió un aspecto nuevo á los trages y á los atavíos, y aunque no se volvió á las ropas tales ni á la toga romana, los vestidos cortos de los bárbaros se trasformaron en chupas y casacas; se introdujeron los corbatines, los zapatos con hebillas, los grandes peinados, y todos los europeos adoptaron con corta diferencia, cierta uniformidad en sus atavíos y modo de vestir. A mediados del siglo XVIII, la uniformidad adquirió un carácter mas pronunciado, y la revolucion francesa de 1789, que dió un aspecto enteramente nuevo á nuestra vida social, no contentándose con desterrar los trages antiguos, las pelucas y calzado con hebillas, á la escena y á los bailes de máscara, suministró á escritores elegantes y chistosos, materia para una multitud de opúsculos crítico-burlescos, en que ejercitaron su pluma con gracia y refinada sátira. Entre los escritos de este género, merece ocupar un puesto preferente el de don José Somoza, titulado *Usos, trajes y modas del siglo XVIII en Madrid* (1). Vamos á transcribir algunos trozos de este precioso opúsculo: «Apenas un caballero se le-

(1) En Europa, y principalmente en Italia, los apellidos de las familias comenzaron á fines del siglo X; en el XI, su uso fue mas frecuente, y en el XII, adquirieron un gran carácter de universalidad. En todo el Oriente el uso de los apellidos se pierden en la noche de los siglos, y los que no se derivan de algun hecho prodigioso y gran de de un antepasado, que lo ha transmitido, como noble herencia á sus descendientes, son todos p. tronímicos. esto es, formados de los nombres del padre y del abuelo, unidos con el de cada individuo de una misma familia, como por ejemplo: *Kalen-Abdul-Hasseyn* (Kalen, hijo de Abdul y nieto de Hasseyn).

(1) Don José Somoza escribió muy poco, y sus opúsculos se encuentran con dificultad; pero don Eugenio Ochoa en su obra impresa en París por Baudry, 1840 con este título: «Apuntes para una biblioteca de autores españoles contemporáneos en prosa y verso,» trascri-

»vantaba del lecho, ya se le estaba esperando para hacerle la barba, (porque ningun español se afeitaba á sí mismo): esta operacion era entonces mas dilatada que en el dia, en que dos tercios de cara se quedan sin rasurar. En seguida de este afán, comenzaba su oficio el peluquero, que no empleaba poco tiempo en batir, ensebar, freir y empolver la cabeza. Acto continuo principiaba el prolijo trabajo de vestirse, que no le finalizaban los mas diligentes en menos de tres cuartos de hora: tantas eran las piezas de sus atavíos, y tantas las hebillas con que se ajustaban desde la zapata hasta el corbatin, hasta las que sujetaban el calzado. Terminada por fin esta faena, nuestro hombre ceñía su espada, tomaba bajo el brazo su sombrero, y se encomendaba á Dios para arrostrar la intemperie á cuerpo gentil y la cabeza descubierta.

«Había infelices que se caían muertos de cansancio y despecho por faltarles el tiempo para acudir á peinar, calzar, afeitar y vestir á sus parroquianos.

«A la una se comía, y se comía mas que ahora, pero era necesario mas habilidad para saber comer que para saber ganar. Había unos cucuruchos de carton para adaptarse encima de los suelos, porque era cosa sentada que el uso de las manos era nulo mientras estaban rodeadas de tales adornos. Se habían inventado otras máquinas y preservativos para librar de manchas el bordado de la chupa, y las vueltas del pecho de la camisola; pero ninguna de estas invenciones era tan complicada y singular como las que había que usar para dormir la siesta, costumbre general y tal vez útil en nuestro clima. Yo ví al célebre Jovellanos boca abajo, sin tocar en la almohada sino con la frente para no descomponer los bucles.

«Retiradas las familias á su casa, empleaban tanto tiempo para despojarse de sus complicadas galas, como el que habían gastado en adornarse de ellas. Mientras que se desarmaba la cabeza de la dama, abatiendo el enorme erizon y escofieta, en la frente de su esposo se destruían baterías de rizos que se envolvían en algodones. ¡Cuántas de estas nocturnas sobremesas presencié siendo niño, admirado y afligido al ver disminuirse, aniquilarse la estatura, la forma y el volúmen de los autores de mi existencia, cuyas facciones y fisonomías quedaban para mí desconocidas.»

En el siglo XI las mujeres llevaban vestidos largos y algo estrechos, ceñidos con un cinturón y una especie de mitra como las de nuestros obispos, ó mas bien como las que llevan aun en todo el Oriente, en Argel y en Túnez las israelitas viudas. En un libro, titulado *La Grande Italiana ó la Condesa Matilde*, se ve el retrato de esta ilustre mujer en los mismos términos, que acabamos de espresar. En el siglo XVII, todas las señoras de elevada categoría llevaban vestidos largos con una ó dos varas de cola, sostenida por un paje, á fin de que no arrastrara por el suelo. En esto, el bello sexo daba testimonios de una bien entendida galantería, porque hermanaban la moda con la limpieza de sus largas colas. Ahora hemos visto y vemos todavía vestidos no desemejantes de los del siglo XVII; pero sin pajes; así que señoras y manolas arrastran las colas. Nosotros estamos muy lejos de censurar los actos gubernativos, y lo que dispone el ayuntamiento de Madrid; pero ¿no se podría economizar todo lo que se gasta hoy en barrenderos, habiendo tomado ya á su cargo la limpieza de las calles las mujeres, que las barren con las colas muy suntuosas y nobles de sus pomposos trajes?

Un célebre escritor dijo (1) que los maestros de la humana estirpe son el amor y la moda, y que sus mandatos son tan perentorios, que no es muy hacedero pasarlos por alto. Cualquiera que tú seas, cualquiera que sea tu sexo, si no amas, eres un ser incompleto, á quien una naturaleza madrastra ha negado el don precioso de los afectos mas delicados y suaves que doran la vida; ó eres un ser depravado, cuyo corazón se ha convertido en un lodazal de inmundicias y egoísmo. En cuanto á la moda, lo sujeta todo á sus órdenes: hombres y mujeres, jóvenes y niños, nobles y plebeyos, se inclinan á sus mandatos; todos ejecutan sus preceptos, y los mismos ancianos, que, llevados en alas de sus antiguas reminiscencias, se desviven alabando los tiempos pasados y sus modas, se atienen á las nuestras para no verse convertidos en objeto de mofa y risa.

Hace tres lustros, ó poco menos, que hombres de edad madura gastaron fraques de alas anchas, que podían servir de capa porque la moda lo exigía; y hoy ordena que nuestros sombreros de copa sean bajitos, al paso que en otro tiempo nadie gastaba sombreros que tuviesen menos de una cuarta de alto. ¿Qué diremos ahora de las cadenas de reloj que se usaron poco antes ó despues de esa misma época en Madrid? ¿No podían servir esas cadenas tan gruesas, aunque de fino oro, para atar osos ó perros?

Pero la moda no se limita únicamente á los atavíos de varios trozos de los opúsculos de Somoza.—V. t. XXIV de la colección de Baudry, que corresponde al t. II de la obra de Ochoa.

(1) Voltaire en sus *Misceláneas*.

de damas ó caballeros; no se limita á la forma de los trajes y á su hechura mas ó menos caprichosa y esmerada; no se limita, en fin, á los misterios del tocador, sino que se extiende á los muebles que adornan los grandes palacios, á los coches y sus galas, á los arreos y aparejos de los caballos, á las libreas de los lacayos. La moda fija las horas de almorzar y comer, prescribe el ceremonial de corte, y sujeta á reglas y preceptos los actos mas espontáneos y naturales que manifiestan dolor y alegría. Una hermosa niña, que enseñe con gracia y finura sus dientes de nácar, que una sonrisa suave y picaresca desflora sus labios de carmin, que arrime con su mano aterciopelada su abanico al rostro; pero de modo que los Amorcillos, que jugueteen entre una y otra varilla, dejen entrever las miradas lánguidas y cariñosas, que lanza desde lejos al objeto amado; la coquetería lo ordena, la moda lo exige. Si llora, no acompañan sus lágrimas repetidos sollozos ni largos gemidos: la moda lo prohíbe. ¡Ah, la risa infunde alegría; pero las lágrimas artificiosamente derramadas, interesan los corazones mas empedernidos, y engañan á bobos y á hombres muy avisados, engañan á amantes y maridos, á jóvenes y ancianos.

Muchos años há, se representó en el coliseo del Príncipe una comedia, cuyo protagonista, que figuraba como sócio de varias compañías de seguros, decía, llevado en alas de su entusiasmo: «Hoy todo se asegura en Madrid. Se aseguran los viajes terrestres y marítimos; se aseguran los hechos buenos ó malos de hombres y mujeres; se aseguran la vida y la muerte de los solteros, casados y viudos de ambos sexos; se aseguran los palacios y las casas con sus tejados correspondientes; se aseguran los estanques con peces ó sin ellos; se aseguran los entierros; se aseguran los caballos, los mulos y los borricos.» Lo propio podemos decir de la moda: lo abraza todo, lo comprende todo, lo arrastra todo en pos de sí.

Nos vemos obligados, sin embargo, á convenir en que hoy en toda la civilizada Europa, y entre los habitantes del otro hemisferio, que descienden de nuestros antiguos hermanos, existe una completa uniformidad de trajes, y que las modas se reducen á llevar en una época mas bien que en otra los vestidos largos ó cortos, mas ó menos ajustados al cuerpo. Esta uniformidad de atavíos y adornos lleva consigo la uniformidad de costumbres y una marcha progresiva é igual hácia las reformas sociales económicas y políticas. Pero en atención á que no es de la índole de este periódico desenvolver una idea tan profundamente filosófica, nos contentamos con anunciarla á los lectores, á fin de que reflexionen con alguna atención en ella.

SALVADOR COSTANZO.

HIGIENE DEL MATRIMONIO

ó

EL LIBRO DE LOS CASADOS.

CEREMONIAS NUPCIALES.

(Véase el número 53.)

PERSIA.

En Persia, los casamientos se hacen de ordinario por procura. Juntanse los parientes en casa de la muchacha, y allí se extiende el contrato en una habitación donde no hay mas que el novio, los procuradores un *mollak* (especie de patriarca) ó su *cadí*.

La desposada, acompañada de muchas mujeres, pasa á una habitación ó gabinete cuya puerta se halla entreabierta, pero de forma que no se vea ninguno de los que están dentro. Levántanse entonces los procuradores de los desposados, y el de la novia dice en alta voz, estendiendo las manos: «Yo, procurador autorizado, os caso con N..., aquí presente. Sereis perpetuamente su mujer, quedando convenido y preñado en... (la cantidad) la viudedad que os asegura.» El otro procurador contesta: «Yo, procurador autorizado, en nombre de mi poderdante, tomo perpetuamente por mujer á N..., aquí presente, mediante la viudedad estipulada.»—Entonces, el *mollak*, ó el *cadí*, pregunta á los desposados si ratifican el compromiso de sus respectivos procuradores; y si contestan afirmativamente, que es lo mas regular, extiende el contrato, lo sella, poniendo tambien su sello los asistentes á la ceremonia, y lo entrega al procurador de la mujer.

Las clases inferiores no suelen tomar procurador. La desposada, cubierta con un velo, entra con sus parientes en la habitación donde están los hombres, y, sentados todos, le dice el novio: «Yo, procurador de mí mismo, os tomo por mujer perpetuamente, y os aseguro tanto de viudedad.»—Formalizados los capitulos matrimoniales, y asegurado el tanto de viudedad ó supervivencia sobre los bienes ó el haber mas saneado del marido, envía éste vestidos, joyas y dinero, á su desposada, la cual le corresponde con

varias obras de costura ó de labores trabajadas por ella misma.

La boda se celebra en casa de la novia, y dura diez días. El último de estos, el marido envía, en pleno día, el equipo nupcial, compuesto de vestidos, alhajas, muebles, y hasta esclavos y eunucos, segun la clase y la fortuna de los cónyuges. El equipo es conducido por camellos ó acémilas: los esclavos y los eunucos van de ordinario á caballo. Novios hay que alquilan muebles, ó los toman prestados, ó envían cofres vacíos, á fin de aparentar mayor riqueza y pompa!—Al anochecer, la novia, montada en un camello, ó en un caballo, ó á pie (si escasean los posibles), es conducida á la casa de su futuro próximo. Abre la marcha una especie de murga, tocando instrumentos varios, y siguen unos cuantos criados llevando cada uno una antorcha, viniendo luego las mujeres tambien con su antorcha cada una. La novia está cubierta enteramente con un velo, á fin de que los envidiosos al verla pasar (dicen los persas) no le echen alguna maldición ó la miren de mal ojo. Si va á pie, le dan el brazo dos de las mujeres acompañantes, y si va á caballo, le tiene la brida un eunuco.—Una hora despues de estar ya descansando en la casa del novio, las matronas la acompañan al aposento nupcial, al cual acude, corto rato despues, el desposado, conducido por eunucos, ó por unas cuantas mujeres ancianas, las cuales hacen perfectamente su papel.

Sucedé á veces, en los casamientos pobres, que si el hombre ha repensado lo que va á hacer, ó se ha escedido en prometer mayor viudedad de la que buenamente puede, al llegar la novia con su acompañamiento, cierra las puertas de la casa, y dice que no quiere tomarla á tan subido precio. Armase entonces un enojoso regateo entre las familias de los dos desposados, teniendo al fin que ceder los parientes de la novia, porque fuera altamente ignominioso para ella y su familia el haber de volvérsela soltera á su casa.

INDOSTAN.

Las ceremonias nupciales en el *Indostan*, son muy complicadas, y varían segun las castas, no menos que segun las localidades. Describiremos la boda en una de las familias bramánicas de Calcuta, sirviéndonos del relato que de ella hace Mr. de Lannoye en su *India contemporánea*.

«Antes de salir el sol del primer día (que suele escogerse hácia el equinoccio de primavera, cuando *Marte* y *Vénus* se hallan en conjunción entre los astros), una gran comitiva de parientes y amigos va á buscar á los prometidos y los lleva al sitio mas renombrado del Ganges, para recibir allí una série de abluciones solemnes, seguidas de diferentes plegarias y de la práctica del *ablati*, que se hace con el fuego y con el fin de conjurar los efectos del *mal ojo*.—De vuelta á su casa, se les hace sentar sobre una piel de antilope, con la cara vuelta hácia Oriente, debajo de un dosel ó pábulo sostenido por doce columnitas y exornado con profusion de guirnaldas de flores, banderines y pedrería. Allí les están frotando todo el día con azafran, lavánles los pies con miel, les hacen y desatan millares de nudos al rededor de las muñecas, friccionánlos con aceites y perfumes, y les pasan piedras mágicas por todas las regiones del cuerpo, suplicando á los dioses que se dignen favorecer á los jóvenes contrayentes con algunos destellos de la llama celeste que animó á la primera pareja humana.

«El segundo día, ante toda la concurrencia invitada, los dos padres, ó los que los representan, juntan las manos de sus hijos, encima de cuyo cuerpo echan con gran compuncion siete medidas de agua, siete de trigo y siete de leche, durante lo cual el brama oficiante les lee los *mantras* (comentarios ó preceptos religiosos) que tratan de la disciplina conyugal. El esposo, les dice, es el dios de su mujer: por viejo, feo y malo que sea, ó que se vuelva, debe ser el ídolo del corazón de su mujer: todos los deseos de ésta han de ser conformes á los del marido; esto es, reír si el marido rie; llorar, si llora; guardar silencio, si calla!—Terminada la lectura de las obligaciones y de los derechos de los casados, el celebrante echa sobre las espaldas del novio un *zena* (cordon bramánico), dándole nueve vueltas en lugar de tres, y cuelga del cuello de la novia un *thali* (un grande anillo), emblema del matrimonio. Este es el acto mas solemne y obligatorio de la ceremonia.

«Los ritos del tercer día parecen ser un vestigio ó tradicion de los de la primitiva Aria, y consisten en dar siete vueltas al rededor de un fuego consagrado.

«El día cuarto está destinado á un gran banquete, en el cual los dos desposados comen juntos, en presencia de todos los convidados. Esta es la señal mas característica de su union íntima, y la prueba mas penosa para la modestia de la novia, porque el comer delante de un hombre, por mas que sea pariente, es allí mirado como una ligereza cuando menos; y el decir de una mujer que le gustan los convites de boda, es hacerle una especie de insulto, ó una grave acusacion.

«El quinto día, en fin, comienza con una ofrenda de arroz, que se quema en honor de los dioses y de los manes: este es el único sacrificio (esceptuados los *suttis*) en que pueden tomar parte las mujeres.—El

ceremonial se prolonga luego con nuevas abluciones y estrambóticos cambios de traje de los novios, terminando, como empezó, por una gran procesion que pasea las calles, al resplandor de antorchas, y con acompañamiento de una espantosa orquesta, á la feliz pareja, llevada en un magnífico palanquin.

«En estas bodas hay siempre un lujo extraordinario de joyas, trajes y adornos. Distribúyense tambien, á los pobres y á los religiosos, copiosas limosnas, y tanto, que me han hablado de bodas en que llegaron á invertirse en estas larguezas hasta tres talegas de *rúpias* (muy cerca de 3.000,000 de reales.)»

JAPON.

En el *Japon*, los jóvenes que quieren casarse declaran sus deseos colgando una rama del *Celastrus alatus* (arbusto del país) á la puerta de la casa de los padres de la muchacha á cuya mano aspiran. Si no se hace caso de la rama, el pretendiente sabe ya que no es aceptado; pero si desaparece la rama, y la familia la recoge, es prueba de que el joven podrá ver satisfechos sus deseos.—La joven, por su parte, cuando quiere demostrar que corresponde á los sentimientos de su futuro esposo, se ennegrece los dientes, sin perjuicio de arrancarse, como de costumbre, las cejas despues de casados.

Resuelto ya el casamiento, unos cuantos amigos del desposado, y otras tantas compañeras de la desposada, son los encargados de estipular las condiciones y disponer el contrato. Estos jóvenes mandatarios escogen con gran cuidado dos días propicios, el uno para la primera entrevista de los novios, y el segundo para la celebracion de las bodas.

El novio envía á su prometida regalos en cuantía proporcionada con su fortuna, y la novia los ofrece desde luego á sus padres como en muestra de gratitud por los gastos que les ha ocasionado, y los cuidados que le han prodigado durante su infancia. De esta suerte las jóvenes, sobre todo si son bonitas, sin pasar por la afrenta de que las vendan sus padres al marido (cual sucede en otros países), no dejan de contribuir indirectamente á los aumentos de la fortuna de sus progenitores.—Sin embargo, debemos añadir que la novia tampoco entra escueta y con las manos vacías en el domicilio conyugal, porque sus padres le dan un buen equipo y parte de sus muebles y ajuar.

Los autores que han escrito del Japon, no se hallan de acuerdo en punto á si el matrimonio japonés es ó no consagrado por alguna ceremonia religiosa. Titsing dice rotundamente que no; Meylan afirma que, si bien es un acto puramente civil, lo santifica un ministro de la religion; Fischer añade que el matrimonio se celebra en el templo mas habitualmente frecuentado por la familia de los esposos; y Thunberg añade que la ceremonia se celebra al pie de un altar levantado *ad hoc*; que en ella pronuncia ciertas oraciones un sacerdote colocado á la izquierda de la desposada; que esta enciende una antorcha en la lámpara del altar; que el joven enciende otra antorcha en la de su desposada; y que en seguida es proclamada la union legal y conyugal de los contrayentes.

«La desposada, vestida de blanco, que es el color emblemático de la pureza (dice Mr. de Jancigny), va envuelta, además, en un velo que la cubre desde la cabeza á los pies. Este velo, que le echan al salir de su casa para trasladarse á la conyugal, es un sudario que significa que ha muerto para su familia, debiendo ya vivir tan sólo para el esposo que va á encargarse de ella.

«Proclamado solemnemente el matrimonio, la colocan en un rico palanquin para conducirla procesionalmente, por las calles principales, á la casa de su marido, con acompañamiento de los mandatarios, de los parientes, amigos y demás convidados al festin, todos (hombres y mujeres) de ceremonia, con sus mejores trajes y mas preciados atavíos.—Llegados á la casa conyugal, la novia, acompañada de dos de sus amigas de la infancia, entra en el salon principal, donde encuentra ya sentado en el puesto de honor al marido, rodeado de su padre, de su madre y parientes mas cercanos. En medio de la sala hay una mesa de exquisita labor, y encima de la mesa un abeto ó pinabete artificial en miniatura, un ciruelo en florecencia, grullas y tortugas (todo en miniatura), como emblemas del vigor del hombre, de la belleza de la mujer, y de una vida longeva y feliz.

«La desposada se coloca junto á otra mesa, en la cual se halla preparado todo lo necesario para beber el *saki*, licor que todos toman, y se ofrecen recíprocamente, con un sinnúmero de formalidades ó etiquetas, á cual mas minuciosa y extravagante.—Las doncellas de honor, que durante la ceremonia reciben el nombre de *mariposas*, representan un papel importante en la etiqueta.—La comida de boda es muy frugal, en conmemoracion de la sobriedad y sencillez de los antiguos japoneses.—Despues de retirarse los novios, siguen reunidos los convidados, bebiendo *saki* á discrecion.»

(Se continuará.)

PEDRO F. MONLAU.

COSTUMBRES POPULARES.

LA ROMERÍA DE SAN SOLES, EN AVILA.

El interés creciente que entre nosotros venía desde hace algún tiempo inspirando el estudio de la fisonomía característica de nuestras distintas comarcas provinciales, toma hoy nuevo incremento cuando, debilitado el espíritu suspicaz de la centralización, podemos mirar la varia diversidad de nuestras costumbres populares en cada región del territorio nacional, no como restos peligrosos que es preciso hacer desaparecer á todo trance, sino como expresión mas ó menos pasajera del espíritu indeleble y del género de vida de los pueblos que constituyen la familia española.

El dibujo que corresponde á estas líneas, copia del cuadro original enviado al Museo Nacional de Pintura por el señor Bécquer, pensionado para estudiar esas costumbres provinciales, representa una escena de la romería á Nuestra Señora de San Soles, célebre santuario situado cerca de Avila, y al cual acuden gentes de todos los pueblos de las cercanías, siendo por lo tanto esta fiesta una de las mas características y á propósito para estudiar los diferentes tipos de aquella región castellana.

La escena se figura en el átrio de la iglesia, junto á una fuente cuyas aguas beben cuantos acuden á la función.

CONVENTO
DE
SANTA CATALINA
EN EL MONTE SINAI.

Las asechanzas de los beduinos del desierto han hecho necesario poner al abrigo de sus ataques los diferentes edificios consagrados á la piedad y la beneficencia en los alrededores del Monte Sinai. Entre ellos, el convento de Santa Catalina es uno de los mas notables.

Esta sombría construcción, rodeada de un grueso muro de 13 metros de altura, no ofrece á primera, ni aun á segunda vista acceso posible al viajero curioso ó fatigado. Una ventana, casi una aspillera, se abre en lo mas elevado de la muralla y sirve para que el forastero, suspendiendo sus pasaportes á una cuerda que desde ella se le envía, haga conocer sus intentos y sus títulos para ser recibido en aquella santa fortaleza. Decretada la admisión, un monje, que aparece como por arte mágico al revolver la muralla, conduce al viajero por una senda oscura y tortuosa hasta llegar á una puertecilla de hierro, baja y mezquina, semejante al registro de aguas de un sumidero. Estrechísimos y enredados corredores, apenas alumbrados por una luz mas que dudosa, guían hasta un patio interior, donde por vez primera se respira el aire libre.

Nada mas extraño que la vista que entonces se ofrece al viajero y de que damos una exacta representación en el grabado correspondiente de este número.

Un cúmulo de habitaciones y construcciones irregularmente amontonadas unas sobre otras; galerías estrechas, puentes, escaleras y escalas descubiertas, que las ponen en comunicacion; ventanas miserables y dispuestas sin ningun género de simetría; montones de escombros, sobre los cuales tienden sus brazos, nunca podados, algunas vides semi-salvajes; y todo esto roto, súcio, despedazado: tal es el singular aspecto de este patio lleno de originalidad y mas pintoresco sin duda en la estampa que en la realidad.



COSTUMBRES POPULARES.—LA ROMERÍA DE SAN SOLES, EN AVILA. (DIBUJO DE DON VALERIANO BECQUER.)

La iglesia, de una arquitectura menos extravagante, tiene una cubierta de zinc y está blanqueada con cal. A su lado se alza una mezquita, irremisible condicion que el gobierno egipcio pone á la subsistencia del convento cristiano. A decir verdad, esta proximidad no da gran cuidado á los monjes, que han convertido con la mayor irreverencia el templo islamita en un almacén de granos, y el minarete en un bien poblado palomar. Veinte y cuatro monjes del rito griego cismático habitan aquel triste convento, sobre el cual proyectansus oscuras sombras las alturas de los montes cercanos.

J. MENENDEZ.

VIAJEROS INGLESES.

(CONTINUACION.)

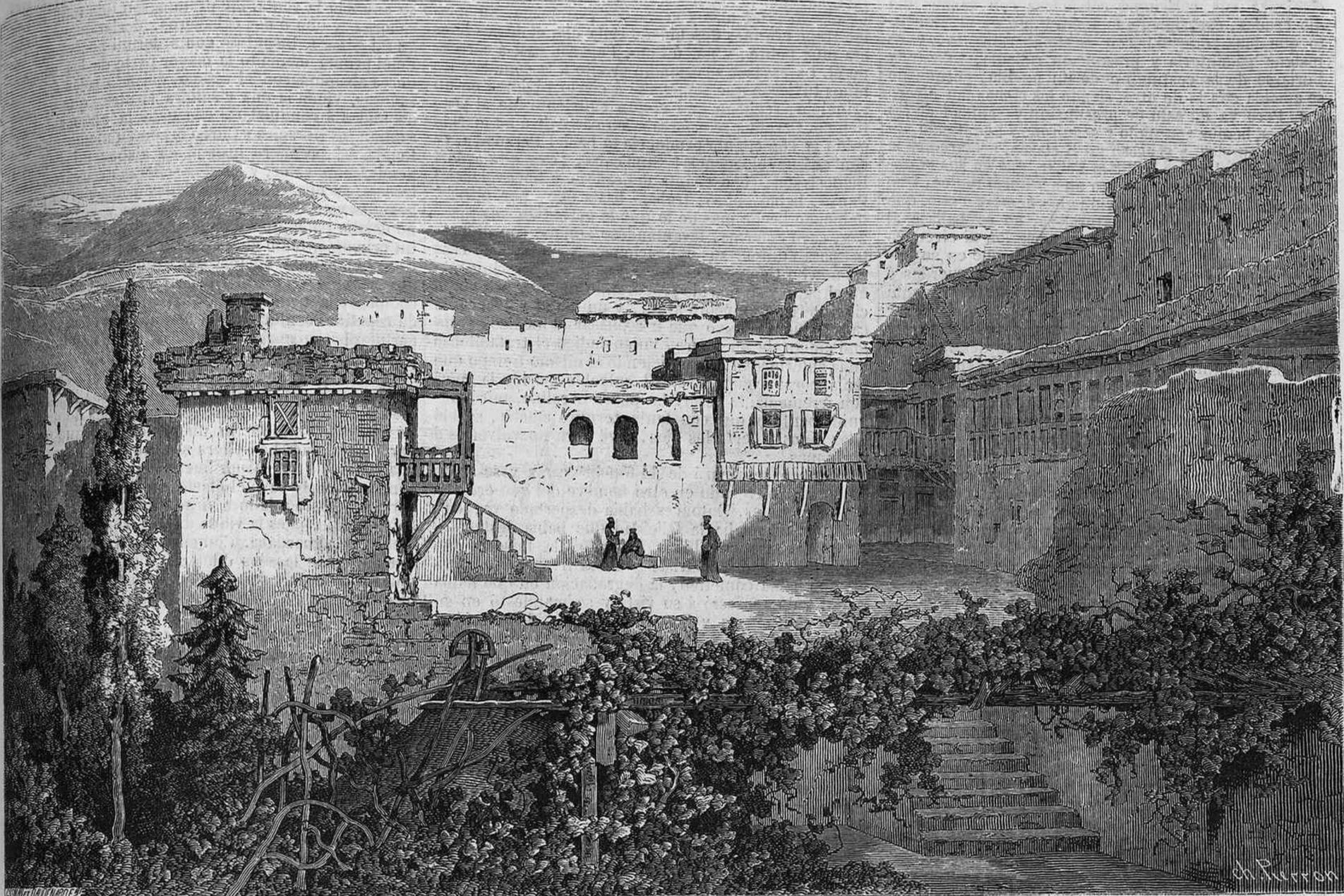
Pero... ¡hablábamos de comer! nosotros que con un racimo de uvas, con unas rajadas de queso, ó con un

cigarrillo, ó simplemente con el sol nos alimentamos! Y aun cuando practiquemos la ceremonia de sentarnos á la mesa, ¿es cierto que comemos los españoles? Porque para los ingleses *comer*, es mas que tomar el necesario sustento, es celebrar una función, gozar en ella, hablar y comentar sobre ella, poner en ella los cinco sentidos, en una palabra, elevar la mesa á la categoría de templo y todo lo que la atañe y concierne, á la altura de ceremonia sacerdotal. El viajero inglés no puede menos de

escribir de España con cierta *inconfortabilidad*, al verse privado de ese ordinario teatro en que en su tierra se exhibe con toda expansión, y por lo menos franquea su carácter una vez al día. El isleño, se dice, es reservado, contemplativo, serio, silencioso y melancólico; cierto, pero una buena mesa le pone al nivel de los caracteres mas sociables y comunicativos. Mirad sus reuniones, aun las llamadas de *confianza*: observad el tono y aspecto de uno de esos bailes particulares con que las familias se obsequian mutuamente en Londres durante el nebuloso invierno. Todo es tiesura, cortesía, ceremonia, silencio y compostura hasta la media noche, en que la señora de la casa abre la marcha hacia el comedor donde les espera una cena opípara. De regreso al salón, la escena cambia como por encanto: el inglés no es ya inglés, sino europeo, y la cena es quien lo ha civilizado. Y cuenta que no decimos esto como formulando un cargo ni en tono de censura. Su temperamento y su clima húmedo y frio requieren dar mayor atención á estas funciones gastronómicas que miramos los meridionales como simple necesidad y á veces como carga incómoda. La frase antigua, de «*qué dese usted á hacer penitencia con nosotros*», muestra perfectamente que la nutrición no fué jamás un placer entre los españoles. Cuantos extranjeros escriben sobre España, incluso los

ingleses, nos hacen *justicia* en este punto, y no decimos *lisonja*, porque no depende de la voluntad de un pueblo el ser mas ó menos sóbrio. Puede la educación corregir los excesos de la glotonería, como ha sucedido en Inglaterra, en donde no son ya comunes aquellas repugnantes escenas con que terminaban los banquetes; pero el inglés permanecerá siempre siendo un gloton mas ó menos civilizado y disimulado, y un *car-nívoro* por excelencia; y el español un hombre sóbrio y templado, herbívoro ó hidrópata por naturaleza.

Esta diversidad de naturalezas, y, por consiguiente, de costumbres gastronómicas, ha dado pie á viajeros ingleses superficiales para zaherirnos con una presunción que raya mas allá de lo ridículo. «A los españoles, dice Mr. Ford, y han repetido despues multitud de necios expedicionarios, *Dios les manda la carne y el diablo se la guisa*» (*God sends the meat and the devil cooks it*.) Aluden con esto á la variedad infinita de guisados y salsas y condimentos con que un me-



CONVENTO DE SANTA CATALINA EN EL MONTE SINAI.

diano y, por lo tanto, delicado apetito, como es el nuestro, necesita, por decirlo así, *engañar* al paladar, para obligarle á aceptar el mas sustancial de los alimentos, que en Inglaterra y demás países del Norte se sirve á la usanza primitiva. Los meridionales huyen de la carne asada con su propio jugo, como del mayor enemigo de su salud, y con razon; y de aquí la necesidad de diversas invenciones para disfrazarla y hacerla llevadera, que es por otra parte el principio y el estímulo de la ciencia ó arte culinario, el cual no debe ciertamente á los ingleses ningun progreso. Si por la cocina, como dice Dumas, hubiera de juzgarse del adelanto de una nacion, la inglesa sería en Europa la mas atrasada. De ella se ha dicho, que es un pueblo de «cien religiones y una sola salsa;» y aun quisiéramos saber á qué salsa se alude aquí; como no sea á la mostaza, porque el pueblo inglés no sabe otra cosa que *asar* carnes y *cocer* vegetales, si ya no es que las deja medio crudas. El refran ya citado de *Dios manda la carne y el diablo la guiso*, fue originariamente aplicado á los ingleses, segun se desprende de su forma rítmica; solo que Mr. Ford quiso bonitamente hacer este *mutatio verborum*, sin duda *amostazado* de no hallar en las mesas de España esos trozos de buey cebado, trasunto de los banquetes homéricos, que forman las delicias de los hijos de Albion; pero la verdad es, que haciendo todas las concesiones que se quieran al voraz apetito británico, el gran doctor coquinario *Soyer*, hizo ver en el año 1851 á los ingleses, que la ciencia de una ama de casa, podia elevarse á algo mas que á colgar ocho ó diez libras de carne en el *Fack* ó maquinilla que voltea ante el fuego de

las chimeneas, ó zampar algunos vegetales en agua caliente; y en su famoso libro intitulado: «*Shillig cookery*,» les puso de manifiesto la inmensa variedad de invenciones y condimentos *económicos* y agradables con que en las mesas de Europa, se halagaba al paladar y se daba aprovechamiento á partes y despojos de aves y animales desterrados, por pura ignorancia, de la mesa inglesa. El servicio que prestó *Soyer* al pueblo inglés, no tiene ponderacion adecuada, sino diciendo que por gratitud debiera levantarle una estatua, como á uno de sus grandes bienhechores. Una familia pobre ó medianamente acomodada, sufría grandes privaciones ó tenia que sacrificar sus ahorros, merced á esa ignorancia que así reducía los medios de alimentacion. Miremos en cambio á la madre

de familia española, y sorprenderá la habilidad de su ingenio para inventar manjares económicos, con los residuos de los cortos víveres que puede acopiar para su casa, sacando, por decirlo así, de la nada, los platos mas sabrosos. Bien cara pagó su ignorancia el pueblo inglés en la guerra de la Crimea, donde andaban sus soldados desfallecidos por falta de carne y vino, sin saber qué llevar á la boca; mientras veían á los franceses ingeniarse de mil maneras y aprovechar toda clase de municiones de boca para entretener y sopor-tar el hambre. El pueblo inglés, hoy día, se ha iniciado algun tanto en los secretos y maravillas de la cocina, y comprende que si *Dios envia la carne*, no debe el hombre aguardar á que venga Dios y se la guise, sino acudir al diablo del ingenio para que la adobe, pudiendo decir de *Soyer*, lo que friarte en su fábula:

«Gracias al que nos trajo las gallinas,»

que, despues de todo, fue necesario que viniese un extranjero á civilizarle.

Pero dejemos aparte la diferencia de gustos, nacida de la diversidad de temperamento y naturaleza. Si al breton no le gustan nuestras menestras, potajes y gazpachos, el español no puede tolerar sus *beef-steaks* y *roast-beefs*, ni hay razon para que, hablando un viajero de nuestra nacional é indispensable olla, la llame «el abominable puchero español.» Cada cosa en su lugar. Cuando el pueblo español, desde tiempo inmemorial, ha aceptado la olla como fundamento de su mesa, bien estudiado y esperimentado tendrá que es el plato que mas conviene á su naturaleza y á sus facultades digestivas. Por la misma razon, cuando el pueblo inglés



CEREMONIAS NUPCIALES EN PERSIA.

cuidados, y á mí de su servicio. Sus amigos, sabiendo que habia muerto en la miseria, se apresuraron á reunir fondos para su entierro vendiendo sus efectos, y yo, con otros pocos muebles, pasamos á manos de un preñero.

Reunida á otros trastos viejos, fui sacada cabalmente á la tienda y puesta á la vista con esperanza de encontrar quien nos comprara. En esta situacion me entretenia pensando la clase á que pertenecería la persona á cuyo poder pasase, y no faltaron algunas que manifestaron deseos de comprarme. Por bastante tiempo solo sufrí desengaños, y cuando se realizaron mis esperanzas, no dejó de sorprenderme el carácter de mi comprador. Habia experimentado ya, como no ignora el lector, algunas vicisitudes un tanto extrañas, y me creia destinada á pasar á la casa de algun pobre, donde permaneciese hasta que me hiciera pedazos. Pero juzgado de mi asombro, cuando un dia un joven vestido con la mayor elegancia, se detuvo, preguntó mi precio, pagó en el acto la moderada suma que se le pedia, y mandó me llevasen á una casa que estaba habitada por una persona muy conocida. Al dia siguiente fui cargada en un carro, conducida por diferentes calles y depositada por último en la sala de una hermosa habitacion.

(Se continuará.)

A. DEL I. POR J. S. BIEDMA.

ALBUM POETICO.

FIEBRE.

¡Vivir!... ¿por qué vivir?... Todo el encanto de la vida, los sueños seductores que forja la ilusion, en mar de llanto precipitan del alma los dolores.
¡Amar!... ¿para qué amar?... Con sus placeres dicen que da el amor rico tesoro; mas ¡ay! á su pesar, son las mujeres pomos de cieno, con esmalte de oro.
¡Saber!... ¿y para qué?... Toda la ciencia, que con túnica régia se engalana, solo sabe enseñar que la impotencia es el destino de la raza humana.
¡Gozar!... ¿cómo gozar?... Lo que un momento nos brinda del placer el desvario, es el germen del negro desaliento, es la semilla de horroroso hastío.
¡Raza feliz!... con tu altivez, alfombra siempre serás de la mezquina suerte; siempre en tu mente flotará la sombra; siempre en el alma llevarás la muerte.
¡Vive! ¡goza!... mas sabe que el encanto de la vida, los sueños seductores de la ilusion, en piélagos de llanto arroja el huracan de los dolores.

PEDRO M. BARRERA.

MI AMOR NO PASARÁ.

Pasaron las horas plácidas de mi tranquila niñez, y las horas venturosas de mi pubertad tambien.
Mi juventud intranquila pronto, para no volver, pasará y andando el tiempo, conoceré la vejez.
De la muerte el soplo frio vendrá luego á helar mi sien, y, de la muerte en los brazos, á la tumba bajaré;
Pero en la tumba, aunque muerto, durmiendo en ella, mi bien, amándote, eternamente contigo yo soñaré.

JOSÉ PUIG PEREZ.

LA AGONIA DE CLEOPATRA.

POR LA NOCHE.

LA ORGIA REAL.

(CONTINUACION.)

Recorría atónito y despavorido, aquellos departamentos régios, suntuosas moradas sin dueño, solitarias como el desierto, alumbradas débilmente por moribundas lámparas y cuyas bóvedas de cedro respondían al ruido de su trémulo paso con un eco lúgubre y fatídico, nada habia allí, nada que pudiera revelar otra cosa que la desesperacion, ese terrible fantasma precursor de las grandes catástrofes.
Las luces del festin ardian aun, ahogándose en sus

perfumados líquidos y lanzando sus últimos destellos á través de una azulada aureola. El triunviro, como buen romano, supersticioso en extremo, creyó leer su misma agonía en la de aquellas luces moribundas, y su ánimo experimentó un horrible vértigo: espiraba la voz en su garganta, la sangre fluia al corazon y lo ahogaba en un mortal desmayo.

Pálido, exánime, abatido, el triunviro se dejó caer sobre un mueble de ébano que crujió á impulso de su peso, y el hombre de hierro dice la historia que lloró de desesperacion y afrenta.

XI.

Ya hemos dicho que Cleopatra, obedeciendo acaso á un fatal presentimiento realizado en parte por desgracia, habia mandado construir una especie de monumento sepulcral vasto é inespugnable, y de una arquitectura, por decirlo así, indestructible, titánica, propia de una generacion de gigantes. Este monumento levantado no lejos del alcázar, en medio de un bosque sagrado, comunicaba por medio de un subterráneo con el mismo, segun tambien indicamos.

La reina, habia huido en aquella noche misma por el subterráneo, con sus dos hijos y sus esclavas favoritas, y encerrádose en aquel fúnebre reducto, donde pudieran perseguirla todavia las iras del vencedor Octavio para arrastrarla como un vil trofeo en el carro de su triunfo por las calles de Roma. ¡Oh! la altivez de aquella mujer tan orgullosa, presintiendo este caso, habia tomado sus precauciones para impedir que el soberbio César pudiera gozarse en tal oprobio: su amor propio de mujer y reina habiase puesto á cubierto, segun creia, de esta humillacion bajo la salvaguardia de su propio decoro.

Allí, á aquel mismo sitio, segun afirma un escritor ilustre, Cleopatra mandó trasportar sus diademas, sus prendidos, sus penachos, sus collares, sus ajorcas, todas las joyas que la India, la Arabia, la Siria y el Egipto dieran á esta mujer célebre. Hizo tambien conducir desde sus palacios á aquellas cámaras sepulcrales gran porcion de vasos, tripodes, lámparas de oro, muebles de marfil y ébano con incrustaciones riquísimas, de terebinto y olorosas maderas, mosaicos griegos y romanos, púrpuras de Tiro, incienso, mirra, aloes cinamomo, bálsamo de Judea, alhajas de un valor fabuloso sembradas de pedrería, túnicas y mantos rayados de oro, grandes jarrones y ánforas de plata cincelada llenas de oro en polvo y selladas con estaño, estatuas corintias divinamente modeladas, mirra aromatizada, pilas de ágata y pórfido, objetos de cerámica, verdaderos prodigios del arte, camafeos de inapreciable mérito y todos cuantos objetos pudieran, en fin, redimir un cautiverio ó salvar de una desgracia. Cleopatra mandó amontonar estos tesoros y rodearlos de inflamables materias, cuyo objeto era bien fácil de adivinar á primera vista: la codicia del vencedor, sino se dejaba tentar en la hora crítica para el rescate, recibiría un desengaño terrible.

Y en verdad, que aquel precioso hacinamiento de tesoros pudiera halagar la mas desinteresada ambicion y vencerla, como que pudiera bastar á enriquecer á una nacion entera. Cleopatra lo tenia allí á su vista y contemplaba aquel conjunto de preciosidades con una dolorosa sonrisa, la sonrisa del avaro, ella que en sus crapulosos festines solia beber desleidas en vinagre, perlas, cada una de las cuales valia un millon de sestercios (1).

El interior de aquella torre representaba una gran pieza circular cerrada en su parte superior en forma de rotunda y circundada de una preciosa columnata de lápiz-lázuli con multitud de estatuas alegóricas, genios alados, monstruosas esfinges y dragones volantes, sosteniendo en grupos urnas cinerarias con ramages trenzados de ciprés como atributos fúnebres,

Un hermoso pórtico de jaspe daba ingreso á aquel capricho régio: sus ténues columnas de pórfido parecian cimbrearse bajo el peso de aquella preciosa mole granítica que á su vez parecia vacilar sobre ellas y cernerse en el espacio como un objeto fantástico.

Una luz misteriosa difundia un ténue fulgor en aquel recinto condensada por el humo de los braseros de oro que difundia un perfume aromático.

Y á través de aquella atmosfera diáfana, de aquella bruma purpúrea, condensábanse los objetos, perdiendo gradualmente sus formas y diseñando sus vagos recortes, como informes bocetos trazados por una mano mágica en aquella neblina flotante.

En el centro alzabase un lecho fúnebre en forma de catafalco romano con colgaduras pérsicas sembradas de rica pedrería y precedido de gradas de mosaico que le daban la forma de una pirámide truncada. Alrededor habia grupos de hermes, estatuas casi imperceptibles por su pequeñez, tripodes de cedro incrustadas, jarrones griegos recargados de flores y funerarias lucernas.

La riqueza material de aquel catafalco rayaba en lo fabuloso: era un verdadero alarde de lujo y magnificencia por parte de aquella mujer poderosa é impávida; sin embargo, iba á extinguirse presto, bajo el peso de su propio orgullo.

(1) Histórico.

En el fondo de aquel sepulcro visible por sus cuatro ángulos á través de los pliegues de sus cortinas, habia una urna cineraria de mármol, repetida en sus cuatro faces la famosa inscripcion latina S. P. Q. R. llamada por el buey Apis, esa quimérica mistificacion egipcia. Aquel emblema tenia una significacion bien pueril por cierto en momentos tan críticos: la victoria insultada por el teson del vencido.

Las sombras de la noche prestaban doble encanto á la tétrica y silenciosa mansion: los rayos de aquella luz mate é indecisa resbalaban por las columnas salomónicas y por la brillante bóveda circular de cedro y oro, como una claridad crepuscular sembrada de átomos prismáticos.

XII.

Sobre el mismo lecho funeral que dejamos indicado, coronada con la diadema régia y medio envuelta en su manto de púrpura de Tiro, Cleopatra yacia recostada indolentemente é incorporada sobre un riquísimo cojin bordado de aljófares y perlas orientales.

La reina estaba profundamente pálida y sus negros cabellos húmedos todavia por los perfumes y sembrados de una lluvia de piedras preciosas, caian destrenzados sobre sus morenas espaldas y sobre su seno mórvido medio velado por una gasa griega rayada de plata.

Sobre aquella altiva fisonomía no brillaba ya el esplendoroso reflejo del placer; lucia, sí el destello de un desmedido orgullo, mas sublimado todavia por la desgracia de que era víctima: sus ojos lanzaban relámpagos de inflamado coraje como los de la leona irritada, y sobre todo, cuando se fijaban en aquel monton de riquezas que iba bien presto á devorar el fuego, parecia adivinarse aun en medio del acerbo dolor que la aquejaba, cierta satisfaccion inútil que exaltaba visiblemente á aquella víbora lasciva y hacia precipitar los latidos de sus arterias.

A su lado, en el mismo lecho, yacian sus dos hijos Cesarion y Ptolomeo, cuyas rubias cabezas reclinadas en el regazo de la impura reina, dejaban escapar la profusion de sus perfumados bucles y coronadas sus frentes con diademas.

Cleopatra besó en la frente á los dos niños y pareció sonreír con amargura, vertiendo dos lágrimas sobre sus rostros.

Cesarion abrió lentamente los ojos, vertió una sonrisa tan triste como la de su madre y besó á ésta en los labios.

Ambos cambiaron una mirada elocuente, enérgica, y aquellos dos desventurados seres se confundieron en un abrazo y lloraron.

Oyóse entonces un toque de clarín algo lejano.

La reina se inmutó con una cruel sacudida.

Hizo sonar una especie de timbre y apareció un esclavo nubio, como el ébano de negro.

Traia una copa ricamente tallada, que ofreció reverentemente á la reina.

—No, exclamó ésta con una voz sorda y con un movimiento de repulsion; no se diga jamás que la mano de la madre ha puesto por sí la muerte en los labios de sus hijos.

Y por medio de una indicacion espresiva, mandó al esclavo que hiciera apurar á los niños el misterioso líquido que contenia la copa y que, segun la madre, era un mortal veneno, pero que una mano compasiva habia sustituido con un narcótico.

Cesarion, presintiendo acaso lo que se intentaba, miró de nuevo á su madre, y sus hermosos ojos azules se arrasaron de lágrimas.

—¡Es preciso! exclamó la reina con un acento imperativo, y lanzando al niño una de esas miradas que no admiten réplica, la mirada de la hiena y de la madre á la vez.

Luego experimentó un vértigo infernal: su instinto materno pareció revelarse entonces en medio de aquella lucha contrariada de afectos, y aun pareció triunfar por un momento de aquella fiera organizacion tan altiva.

Pero era ya tarde: el hijo habia apurado todo el líquido contenido en la copa, sin dar tregua á la madre para desviarla.

XIII.

Entonces un abatimiento mortal, una desesperacion sin límites se apoderó de aquella mujer nerviosa por temperamento y de una altivez salvaje: acarició llorosa la cabeza de Cesarion, que cayó pesada sobre su regazo, presa del primer vértigo y enjugó una lágrima, la última que brotaria de aquel corazon desecado por la desesperacion mas acerba.

Y como si ahogase todo su amor de madre, separó de aquella criatura inocente, su vista estraviada y la convirtió hácia su otro hijo, el pequeño Ptolomeo, sumergido en profundo sueño y presa entonces de una cruel pesadilla.

La pobre madre pareció enternecerse al contemplarle.

—Duerme, pobre niño, dijo, duerme y sufre, tal es la triste consecuencia de tus destinos.

El toque de alarma de otro clarín bélico interrumpió aquel momento de expansion por parte de Cleopa-



CEREMONIAS NUPCIALES EN EL INDOSTAN.



CEREMONIAS NUPCIALES EN EL JAPON.

tra, que besó la hermosísima frente de Ptolomeo por la cual traspiraba un sudor copioso.

Un rayo infernal lució súbitamente en las pupilas de aquella mujer, inflamadas por un fuego diabólico. Por un instante sus miradas vagaron despavoridas, como tratando en vano de fijarse en cualquier objeto, y presa de una inquietud profunda, marcó una señal muda, pero enérgica y espresiva.

Oyóse entonces el crujido de una puerta de cedro que se abrió de pronto, dando paso á varias personas que avanzaron lentamente, arrastrando sus prolongadas túnicas y talaras sujetas á la cintura por cíngulos de plata.

Eran las esclavas favoritas de la impura reina, que venían á cumplir su postrer mandato, mandato criminal y repugnante.

Avanzaron aquellas sombras, tristes, suspirantes, revelando en todos sus movimientos el mas profundo duelo: arrodilláronse en la primera grada del monumento, besaron el mármol y esperaron.

El clarín bélico redoblaba por tercera vez sus alarmanes notas, fúnebre arrullo de la muerte que precipitara su vuelo en aquel pavoroso recinto y hacia retemblar el mosaico del pavimento.

XIV.

La reina alentó con un signo de impaciencia á aquellas mujeres, que se aproximaron al punto y la entregaron una cajita de nácar labrada con rejilla de plata, y en cuyo centro se revolvía un hermoso áspid del Nilo.

El marcial estruendo era cada vez mas creciente y amenazador: las columnas de la Cámara sepulcral parecían vacilar sobre su base y el palacio de los Ptolomeos debía ya ser presa del vencedor de Octavio.

Era pues preciso adoptar una resolución extrema.

Cleopatra, cuyo cerebro ardía á impulso de su mortal fiebre, decidióse al fin al acto crítico: hizo saltar de su prision al reptil, que se enroscó en un círculo piramidal y permaneció dócil sobre la cabeza del niño Ptolomeo.

La reina, impaciente por la quietud del reptil, le estimuló con una aguja de su prendido, y la serpiente, irritada, se desenroscó al punto, dilató sus anillos elásticos y mordió el hermoso seno de Cleopatra, donde hicieron presa sus dientes venenosos.

XV.

La víctima empezó á experimentar un profundo delirio, y á medida que la ponzoña invadía la masa de la sangre, sus fuerzas físicas experimentaban una lassitud narcótica, oscurecíanse sus potencias, y sus sentidos, sus facultades, su ser entero caía postrado, aniquilado por un desfallecimiento dulcísimo ajeno de sensaciones y goces.

Todavía hizo un esfuerzo para acariciar por última vez á sus hijos. Cesarion alzó su hermosa cabeza palidécida por el vértigo, y aquellos desgraciados seres cambiaron otra mirada tierna, que concentraba en su lenguaje mudo una despedida postrera.

Ptolomeo, narcotizado de antemano por su misma nodriza que previó el caso de que Cleopatra quisiera en su delirio arrastrar también á aquella pobre criatura inocente, haciéndole beber el veneno, lo cual no podría suceder hallándose dormido; permanecía aun sumergido en su letargo, y su cuerpo entero estaba bañado de un sudor frío.

La reina, presa de un desvanecimiento febril, cayó á plomo é inerte sobre el lecho fúnebre: su vista apagada apenas alcanzaba á percibir el pausado movimiento de las esclavas que vagaban aterradas como errantes sombras y cuyos dedos blanquíssimos y leves,

á una señal apenas perceptible de la moribunda, empezaron á pulsar harpas, colias y sistros, acompañadas de lentos cánticos.

Y arrullada por aquellas melodías dulcíssimas, desvanecida en medio del vago crepúsculo que precede á la muerte de cierto género y la dulcifica, envolvióse en su régio manto, bajo el cual ocultó su rostro, y aniquilada por una voluptuosa agonía exhaló el postrer aliento en una absoluta inmovilidad tranquila.

XVI.

Antonio, averiguado que hubo el punto de refugio de la reina, llegaba precisamente cuando espiraba ésta, á la puerta secreta del subterráneo que daba ingreso á la cámara fúnebre, guardada por esclavos etiopes fieles todavía á aquella desventurada familia, heroica hasta la barbarie.

Seguíale únicamente su confidente Eros, é iban ambos completamente armados de espadas y javelinas y cubiertos con el casco romano cimerao.

Marco Antonio vestía, como su amigo, la lórica escamada de acero, y de sus hombros pendía el manto regio sembrado de diamantes, cuyas pulidas fases multiplicaban las luces, deslumbrándolas con sus destellos.

Precipitáronse ambos en aquel recinto inundado entonces de una luz vívida, y de cuyo ambiente se exhalaba una ráfaga de perfumes.

Las esclavas, cumpliendo un deber impuesto de antemano por la difunta reina, encendían las mil lámparas etruscas del monumento y sembraban de rosas sus gradas.

Allá, bajo del pórtico, ardía una grande hoguera, cuyas llamas, al abrirse paso á través de la abertura de la bóveda, invadían el coronamento de jaspe calcinado por el fuego y que se hundió al fin con estrépito, una vez carbonizadas las columnas de pórfiro y cedro que lo sostuvieran.

Las alhajas, las telas y perfumes que dejamos dicho se habían acumulado allí por orden de la reina, servían de combustible á aquella hoguera, destinada á consumir un tesoro capaz de comprar un reino entero. Cleopatra había ordenado á sus esclavas que le prendieran fuego y su última mirada mortal pudo complacerse al observar el primer destello del incendio. Entonces fue cuando cubrió su rostro con la púrpura y espiró sonriendo con la satisfacción de la venganza.

El triumviro escaló las gradas del monumento, levantó el velo que cubría el rostro risueño de la víctima, lo examinó con serenidad estoica y tentó el pulso, que no latía ya.

Ante la fría inmovilidad de aquel cadáver todavía tan bello, semejante á la estatua yacente de la Venus impúdica, Antonio se retiró mudo, trémulo de dolor y desconsuelo.

¡Ay! llevaba ya otra convicción terrible, otro desengaño que desgarrara otra vez mas su corazón.

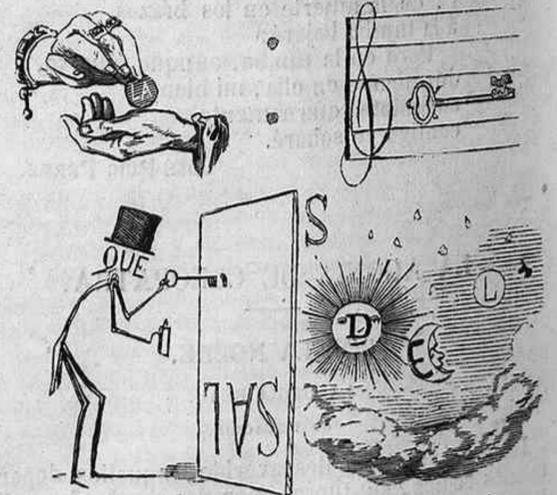
Su mirada trémula fijóse entonces en la hoguera que reducía á cenizas los tesoros de Egipto, y lo adivinó todo.

—¡Dioses inmortales! exclamó inspirado por un raptó sensible, no en vano habeis llamado á esta mujer, cuya fama llenará los siglos y que no fue digna de poseer la tierra! en verdad, ¡oh Dioses! que no puede ir mas lejos el grado de la virtud y del heroísmo!

(Se continuará.)

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

GEROGLIFICO.



La solución de éste en el número próximo.

IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES.
CALLE DEL PRÍNCIPE, NÚM. 4.